



PORTADA

INFORMACIÓN GENERAL

CONSEJO EDITORIAL

ENVÍO DE ORIGINALES

NÚMEROS ANTERIORES

INDEXACIÓN BASES DE DATOS

CREATIVE COMMONS

BÚSQUEDAS

CONTACTO

DENTRO DE C&S

OK



Reseña /

David R. SPENCER

The Yellow Journalism. The Press and America's Emergence as a World Power

Northwestern University Press, Evanston, 2007, 272 pp.

Otra nueva historia sobre la "prensa amarilla" de Pulitzer y Hearst. Podría pensarse, de entrada, que está de más. Parecía que poco más de podía aportar, tras las nuevas biografías de Hearst (de David Nasaw, publicada en 2000 y traducida al castellano 5 años después), de Pulitzer (en 2001 ha aparecido la última de Denis Brian), además de las obras de W. Joseph Campbell y Joyce Milton, que se ocupaban de los mitos acerca del papel de los periódicos en la guerra entre Estados Unidos y España y de los corresponsales estadounidenses que se ocuparon del conflicto. La insistencia en el tema cabría interpretarla en una clave inadecuada. El tema es atractivo no sólo por las cuestiones que andan en juego tras una lucha desenfadada por lograr ser el diario de Nueva York con una mayor tirada. Los personajes que estuvieron envueltos en la trama son, ciertamente, fascinantes para el público en general y para los propios investigadores. La afamada obra cinematográfica de Orson Welles se ha colado en el imaginario de la sociedad occidental y ha hecho que la figura de Charles Foster Kane haya pasado a ser popular hasta unos límites que se igualan casi con el desconocimiento de la figura real del gran magnate de la comunicación William R. Hearst.

En realidad, el nuevo libro se inscribe en el intento de desmentir las falsedades que se forjaron, en buena medida por la propia naturaleza de la denominada "prensa amarilla". Pues las publicaciones que ayudaron a acuñar ese término se caracterizaron por no tener alma, no respetar la verdad de los hechos, por no importarles dar por real lo falso, con tal de que aumentaran las ventas. El afán competitivo que impuso Pulitzer desde su llegada a Nueva York a comienzos de los años 80, fue superado por su discípulo Hearst, que se gastó una parte de la fortuna de su madre (los siete millones de dólares que dilapidó en pocos años apenas sí le importaron a Phoebe Hearst) para lograr estar en el primer puesto de los diarios más vendidos. Ese periodismo de engaños y de creación de historias falseadas se contagió al gremio de los historiadores. Así, se convirtió en un lugar común (incluido, por supuesto, en la versión cinematográfica) la frase del director de periódico que contestaba al corresponsal quejoso de que no sucedía nada en Cuba: "¡Que él envíe los dibujos que ya haré yo la guerra!" ("You furnish the drawings, I'll furnish

the war!"). Los historiadores dieron por buena la versión de Creelman y así ha estado haciendo crecer la mala fama de Hearst, hasta que recientes investigaciones han demostrado que lo más probable es que todo fuera una invención del periodista (p. 176).

Spencer ofrece una síntesis sobria y bien documentada de lo que fue esa etapa dorada del periodismo, en la que se ha especializado. Su acercamiento al tema se remonta a los orígenes mismos de la nueva nación, en la búsqueda de las raíces que ayuden a entender ese fenómeno. De ahí que vuelva a aparecer la referencia al juicio de Zenger de 1733, del que tanto gusta hablar a los historiadores de la comunicación estadounidenses. La tesis del libro es que el periodismo practicado con ocasión de la guerra por Cuba fue la máxima demostración de los progresos que se habían llevado a cabo en décadas precedentes y que hicieron posible que los diarios fueran agentes de cambio de primer orden en la sociedad estadounidense. Sin dejar de comentar los excesos inaceptables que se dieron, insiste en rescatar elementos positivos que pueden apreciarse en los sucesos que centran la atención de la obra. En esta línea, se lanza una atrevida conexión entre Civic Journalism y Yellow Journalism que suponemos no agrada a muchos leer (pp. 100-101).

Como el autor se encarga de destacar en el prefacio, la aportación más original se centra en el análisis del periodismo gráfico desplegado por aquellos atrevidos periodistas. En realidad, la lectura de esas páginas resulta un tanto insatisfactoria, pues no se ha hecho un profundo examen iconológico de las páginas de aquella época. Tras la presentación de las mejoras que supuso el grabado y el fotograbado, se indican algunos ejemplos que ayuden a mostrar el nuevo lenguaje que empezó a desarrollarse en esas fechas. No hay mucho fruto de la lectura de ese capítulo, en ese aspecto concreto, al que inicialmente se da tanto énfasis.

La aportación de Spencer, en definitivas cuentas, no supone una novedad absoluta en cuanto a los datos que ofrece. Hay que atribuirle, con todo, el valor de ser una buena síntesis, fácil de leer, actualizada, con interpretaciones profundas de los sucesos y las personas. Por esto es una lectura recomendable para quienes deseen la verdadera historia de unos años del periodismo estadounidense que siempre se mantienen actuales, que están por encima de la anécdota y de los falsos mitos. Para los interesados en la historia del periodismo servirá como una buena síntesis que incluye lo último que se ha publicado referido al tema en cuestión. La propuesta de destacar lo positivo de aquella "prensa amarilla", que tan profunda huella dejó en el periodismo que hoy sigue haciéndose en Estados Unidos, no deja de ser una forma de reconocimiento al pasado, pero nunca hay que entenderla como una justificación para una práctica periodística tan criticable e inaceptable.

José J. SÁNCHEZ ARANDA

jsaranda@unav.es

